

Ricardo A. Latham.

INTERPRETACION DE MAQUIA- VELO

EL HOMBRE. LA OBRA

LA ruptura de la disciplina medioeval, compuesta de una subordinación estrecha del hombre a la Iglesia, por obra de intermediarios espirituales: gremios, cofradías, asociaciones religiosas y otros factores de trabazón, eleva al individuo en una posición nueva, revolucionaria y nutrida de realidades disonantes para ese universo que se desmorona. En un siglo fecundo en hechos de guerra, en cambios políticos, en celadas y traiciones; en un instante precioso de la historia, que sazona una cultura irradiante; en una ciudad que abruman los odios y dividen las facciones, aparece un hombre que cabalgará para siempre en alas de lo célebre; un hombre oblicuo y sencillo; un ser de pasta nueva, cuyo extracto nadie conoció y muy pocos entendieron; un hombre, que sin la fuerza de Napoleón, ni la olímpica serenidad de Goethe,

ni el ensueño ardiente de Rousseau, ni las realizaciones continentales de Bolívar, es quizá superior a todos ellos por la vastedad de su entendimiento, por el cambio constante a que lo somete el tiempo, por la prolifera resurrección que en dos o tres instantes tiene, por las súbitas muertes que aplastan su memoria, por el seguro despertar de su significado. Hombre es éste que aun no todos conocen, que muy pocos definen, que sustenta diversas plumas, que contradice por medio de una constancia toscana a los teorizantes de la política y a los brazos ejecutores de las más divergentes doctrinas. ¡Maquiavelo ha muerto! fué el grito de guerra de los jesuitas; ¡Maquiavelo ha resucitado! es lo que parecen significar hombres tan contrarios como Primo de Rivera, Cambó y Mussolini (1). Un día vi en el despacho del célebre político catalanista el rostro enigmático, suavemente mefistofélico y macerado con vigiliadas de estudioso y mundano frenético, del secretario florentino. Poco después leía un prólogo del Duce a las páginas vitales del autor de *La mandrágora*. Maquiavelo vive en la entraña del Renacimiento y anima las páginas polémicas de muchos eclesiásticos que lo impugnan. Los jesuitas lo contradicen, y ese hombre desapoderado y propicio a todas las turbiedades del espíritu, a las traiciones más exquisitas de los ambientes cortesanos y a los desbordes más socráticos del sexo, que se llamó Federico el Grande, firma un libro donde impugna al autor de *El príncipe*.

Fuerza es confesar que estamos en presencia de uno de los caracteres más selectos y discutibles de la Historia. Discutible y ¿qué importa? Su bandera se dobla finamente a todos los vientos y lo mismo tremola en brazos de los tiranos que gira radiosa de luces inflamadas por obra del músculo potente de las democracias.

(1) Mussolini ha dicho en un prólogo a Maquiavelo: *Io affermo che la dottrina di Machiavelli è viva oggi piú di quattro secoli fa, poichè se gli aspetti esteriori della nostra vita sono grandemente cangiati, non si sono verificate profonde variazioni nello spirito degli individui e dei popoli...*

Maquiavelo provoca lo que Dubreton llama el «maquiavelismo perpetuo» y mi objeto al reiterar un tema, propicio a mentes más escogidas, no es otro que derramar un poco de la sugestión última que ha vertido su nombre tan pronto vilipendiado como dominante en las cimas de lo célebre. El destino de los hombres superiores es el que asigna la suerte a tan oscuro cuanto vividor y agudo secretario. Desde su nicho burocrático pasea un ojo rápido y avizor por el panorama de su época. Europa se entregaba, después de una prolongada vigilia meditativa, sólo poblada de astros de esperanza y de voces dolientes de milenarismo, a su nuevo despertar. El Renacimiento quiebra un módulo vital y desmorona las pacientes construcciones trabajadas por la Escolástica. Maquiavelo resulta respecto a Santo Tomás, su ilustre compatriota, como el Anticristo con relación al Salvador cristiano.

La vida en todas sus formas recibe una adoración frenética y la política se inunda de teóricos que buscan en la Romanidad, en las literaturas gentílicas, orientaciones poderosas en que hoy vemos bullir los gérmenes de los actuales imperialismos. La Reforma Religiosa da un golpazo mortal a una Roma que se pudre entre los escombros de su pasada austeridad. Mucho ha girado el globo desde que Pedro y Pablo fundamentan la cátedra ecuménica de la Iglesia con el signo cálido de su misma sangre. Los Borgias, elevados a lo máximo con Alejandro VI, deshacen entre orgías y carnavales placenteros todo el efecto de una política teocrática que sueña con la estabilidad moral del mundo. La iglesia había recogido y renovado la cultura antigua, después de salvar—como anota Van Loon en su *Historia de la Humanidad*—los restos de toda civilización, palpitante aún con incierta vida, entre las patas de los caballos que conducen a los guerreros bárbaros. Santo Tomás edificó la ciudad política del medioevo y en su fecundo seno se nutre hasta hoy una actitud entera

ante la vida. Aristóteles se renueva presentándose despojado del severo manto clásico y vistiendo el sayal de un monje.

Todos los méritos de la organización medioeval quedan, sin embargo, atemperados cuando notamos su ineficacia realista. Maquiavelo debía cimentar su cátedra para que naciera el equilibrio. Por desgracia, muchos intérpretes han confundido su vigilancia con el frío cinismo de los oportunistas. Más tarde, la Contra Reforma debe erigir de nuevo el sentido católico en presencia de este cesarista ardoroso, de un convencido de la eficacia de la «verità effetuale», o sea, de toda la política moderna. Los jesuitas, empero, no conocieron a fondo sus ideas y malogran las refutaciones dándole a su doctrina una torcida interpretación. Faltaba además la unidad moral de Roma; la Reforma y la aparición de un mundo nuevo, que con el tiempo dominaría el dinero y sus derivaciones actuales: el Capitalismo y el Maquinismo daban un golpe mortal al arquetipo cristiano de la vida regulada por frenos de carácter ético. El mundo antiguo nacía en el burgo, en la cofradía, en la ciudad con fueros, en el monasterio, rodeado de campos de labranza y cotos para inquilinos piadosos. Guerras y empresas militares en que domina un carácter mercantil, que ya corrompe a las últimas cruzadas, revelan que Roma ha visto arrebatado su sitio en el escenario del mundo.

Maquiavelo es la consecuencia de este cambio. Resume, apretadamente, todo lo novísimo y coge, en brazadas felices, los mejores restos de la antigüedad, de ese mundo clásico que no estaba aún bien muerto y por cuyos restos materiales pasea quizá muchas veces sus ojos finos, cuyo mirar sugiere una madura experiencia en los retratos que conservan su estampa.

Maquiavelo es un hombre político; más aún un perfecto animal político. Carácter abierto a todas las ambiciones y a los apetitos más frenéticos de la vida, es

un hijo del Renacimiento. Pero de la antigüedad, ya sea cristiana como de la otra gentil con sus políticos certeros y sus generales espléndidos, recoge un carácter probo que no lo traiciona en supremos instantes de su destino. Meterse en sus escritos y obras; escarmenar en sus biógrafos e intérpretes, desde Villari, De Sanctis y Tomassini, hasta los modernos Ettore Janni, Giuseppe Prezzolini, Orestes Ferrara y Dubreton; compulsar textos y sentirlos ante la divina serenidad de Florencia, ha sido nuestra acción durante horas y horas de estancia en Europa. Esta interpretación modesta es sólo fruto de un buen deseo, al resumir, con un poco de claridad, lo mucho que se ha polemizado en su torno.

Cuéntase que un monje que refutó copiosamente a los Reformadores, pidió como merced última de sus superiores, al finalizar sus días, que lo dejasen leer, por una vez siquiera, los escritos de aquellos hombres a quienes tanto combatía. Idéntica cosa puede afirmarse de muchos escritores que han pasado la vista y no el espíritu sobre este hombre equívoco y cambiante, como los móviles espejismos del trópico. Su vecindad halaga, su prosa estimula, su centelleo de imágenes y giros encanta; pero su espíritu audaz y poderoso se fuga de entre las manos y nos revela sorprendidas y volitarias actitudes. Parece aun desconcertarnos esa sonrisa, punteada de sazonado escepticismo; esa cara ambigua, con algo de fauno, con algo de asceta; esa movilidad de su carácter que lo fuga siempre de una definitiva captación; y ese eco pesado que sobre su reputación se dilata por muchos siglos. Maquiavelo muere; Maquiavelo resucita y en cada una de estas muertes y en cada una de estas resurrecciones súbitas lo vemos más henchido de vitalismo, de energía y de sabor. Quieran los hados que en estas páginas no esté deformado su rostro como un cadáver.

EL HOMBRE

Juzgar a Maquiavelo con el criterio estrecho de una moral primaria resultaría un error craso. Su carácter complicado y su mezcla curiosa de vividor y hombre abnegado, de padre amoroso y marido inconstante, pero con un fondo tierno, revelan sólo facetas de la compleja alma renacentista. La correspondencia publicada por Papini en 1915 y la reciente interpretación de sus cartas íntimas hecha por Orestes Ferrara, entregan mucho de su misterio y elevan parte de ese velo odioso que cubre, por siglos, su reputación.

Imaginemos por un instante a esa vieja ciudad, con piedras maduras de lumbre y bellas *loggias* que cobijan refinados arcanos de vida, en cuyo corazón ve la luz Nicolás Maquiavelo el 3 de Mayo de 1469.

Non si sa nulla della sua giovinezza—dice Ettore Janni.

Su hogar revelaba un buen pasar sin opulencia. Su familia pertenece a la burguesía florentina que proporcionó a la República funcionarios probos, sacerdotes rutineros y militares imbuidos de ideas audaces. Díjose por algunos apologistas que Maquiavelo tuvo antepasados nobles y marqueses de blasones auténticos. Poco importa eso para añadir lustre a quien pertenece a la flor de la humanidad renacentista y ennoblece a cualquier linaje con su ingenio penetrante y su afinada sensibilidad política y literaria. Como otros grandes hombres—según apunta Prezzolini—nace con los ojos abiertos. Desde niño parece distinguirse por una sagacidad selecta, por una lumbre especial para escarmenar los actos humanos y los sucesos de esa extraña y potente vida que estallaba en Occidente. Las costumbres eran licenciosas y el placer, en sus más se-

ductoras formas, halagaba a estos ciudadanos que miraban el hundimiento de una moral. Savonarola elevaba sus frases de fuego en el escenario florentino y ninguno de sus flameantes acentos consigue apagar el fervor hacia los deleites que precipitaba a una sociedad hacia hogueras de disolución. Desde la Cátedra de San Pedro, otrora ennoblecida por Papas austerísimos, surgían ecos de simonía, de molicie, de avidez odiosa. Más tarde, junto con dejar la vida Alejandro VI, se precipitan sus íntimos y servidores sobre sus arcas secretas para despojarlo de los centenares de miles de ducados que apañó su codicia.

Maquiavelo se desenvuelve en este mundo como el pez en el agua (1). Amador de las partidas de placer, burlador punzante de los vicios burgueses, catador de los vinos burbujeadores y de las mórbidas cortesanas, se revela hasta los treinta años, que lo meten de lleno en la burocracia. Esta edad, que conoció la integridad doctrinaria de Cristo y participa del primer sabor pleno de la existencia, no falla en su sino. Los conocimientos de hombres y cosas, de política y religión, que vemos en sus escritos, deben no poco a tal iniciación en la vida de las oficinas. Mientras agoniza el poder teocrático de Savonarola, se inicia su práctica de los negocios de Estado. Asiste como meritorio a las oficinas del Municipio de Florencia. Alejandro VI toma partido por los *Arrabiati* que traban mortal contienda con los *Piagnoni*. Una hoguera martiriza al anguloso monje y poco después de su muerte Maquiavelo se incorpora como Canciller a la segunda Cancillería de la ciudad. La derrota de Savonarola es otra pedrada que marca

(1) Ferrara dice sobre la vida familiar de Maquiavelo: «La Marietta que fué esposa excelente y buena madre, aparece muy pocas veces en el ambiente de su marido: una sola carta suya se encuentra en toda la correspondencia particular; en alguna otra de un hijo se hallan referencias de ella: a veces Buonaccorsi habla a Maquiavelo de su esposa; pero en la vida pública de éste su existencia fué insignificante. Maquiavelo la amó con amor tierno y compasivo, sin refrenar por ello las antiguas costumbres: por el contrario, aumentó con los años las correrías extra-matrimoniales.

el rostro de la tradición cristiana. Triunfaba el apetito vital, el sentimiento pagano, la fecundidad placentera del Renacimiento (1). La virtud en el sentido medioeval fué reemplazada por una nueva interpretación pragmatista. Hombre virtuoso equivale ahora a ser eficaz, a político certero, a dominar las ideas generales. En este confuso despertar de la mente moderna vemos centellas de lo que más tarde harán tremolar en sus estandartes hombres diversos como Cavour y Disraeli, como Guillermo II y Roosevelt, como Clemenceau y Mussolini.

El catolicismo sometía a una revisión positiva los designios del Estado y colocaba por encima de todo un concepto apretado de la solidaridad ecuménica. Si, en verdad, hombres políticos del medioevo como Carlo Magno y Jaime el Conquistador sirvieron fines de unidad racial y de conquista material y colonizadora, fué en virtud de un idealismo determinado. Un historiador catalán dice que este monarca llevó los pies fir-

La casa no fué ciertamente el centro de la actividad de Nicolás. Durante, os años que desempeñó el cargo público estuvo en continuas misiones. Luego uando éstas terminaron, prefirió la taberna y la plaza pública, centros de actividad mayor para un hombre que no fuera un contemplativo. Además, la casa entonces no podía llamar amorosamente a los hombres superiores. Pequeña y sucia habitualmente, su construcción era baja; y los cuartos, normalmente, eran tres. En uno de ellos había un gran hogar y era dedicado a la cocina, donde transcurría la vida diaria. Las inmundicias hallaban su depósito debajo de la cama matrimonial; los animales domésticos, hasta los menos deseables, entraban por todas partes; la limpieza se hacía los sábados, únicamente. De todas las piezas, casi un oasis en medio del desierto sólo *la loggia*, la famosa *loggia* florentina tenía atracción. Abierta sobre la calle, llena de sol, ofrecía en los meses tibios un agradable refugio, pero solamente en algunos meses y no muchos, porque en invierno debía estar cerrada, y en verano era habitual en los florentinos de cualquier condición salir al campo, porque los que no podían alquilar una casa tomaban un cuarto o a veces una cama dentro de un cuarto alquilado, en comunidad con otros. (Especie quizá de *garçonnière* renacentista.)

Todas las ostentaciones del lujo se hacían en público, pues en el hogar la trugalidad era excesiva. Las comidas cortas y hechas rápidamente. Fray Gerolamo Savonarola calificó esta existencia: «Vuestra vida se pasa enteramente en la cama, en los paseos, en las orgías, en el desenfreno. Vuestra vida es una vida de puercos.»—Orestes Ferrara, *Maquiavelo*, págs. 71-72.

(1) Villari dice (Tomo I, pág. 216:) «La razón que quiere explicarlo todo se halla, en ocasiones, en frente de su propia impotencia.»

memente adheridos a la tierra, pero la cabeza perdida entre nubes.

Maquiavelo saltó su mirada por encima del escenario medioeval y posó su fértil inteligencia en el ideal de la Romanidad, en ese miraje seductor que todavía tiene la virtud de emborrachar con ardoroso vino a los imperialistas como Mussolini y a los factores de la violencia como Charles Maurras, doctrinero de las dictaduras de hoy.

Maquiavelo pasa noches y noches, alumbrado por débil lámpara de aceite, leyendo los viejos infolios que entregan el secreto de los Césares y la sugestión áurea de sus legiones. Nunca lo abandona tal sueño de poder, este firme criterio histórico que provoca su mejor obra: *Discursos sobre las décadas de Tito Livio*.

Cuando se interpreta a Maquiavelo todavía existen gentes que conservan el prejuicio que vertieron en su contra los jesuitas y los protestantes, ya sea el Padre Rivadeneyra, como Gentillet o el Cardenal Pole. Si Maquiavelo es hijo de su tiempo no es porque su época fuera substancialmente mala sino porque había muerto ya una manera de apreciar los sucesos políticos. Como dice Ferrara:

Mas él no constituyó una excepción pensando así; es, en cambio, la genuina expresión de su época. Se ha dicho y repetido durante más de un siglo para justificarlo, que fué el hombre de su tiempo. El error de esta afirmación estriba en que no se quiso expresar lo que efectivamente dice la frase, examinada literalmente, sino otra cosa, a saber: que sus principios fueron perversos, porque los tiempos fueron de maldad e infamia. No. Fué el hombre de su período histórico, porque éste fué realista y práctico; porque la concepción de la vida y el misticismo medioeval habían ya evolucionado hacia un realismo vigoroso y potente. Fué el hombre de su tiempo, por ser producto directo del Renacimiento en la parte que esta palabra es sinónima de verdad. Renacimiento y Maquiavelo son dos nombres que no pueden comprenderse si no se relacionan (1).

(1) Orestes Ferrara, *Maquiavelo*. Pág. 205.

La moral de esta época es compleja y resulta un poco precario nuestro modo de ver actual para juzgarla. Justifica bastante a esos hombres el hecho de que los apetitos duramente refrenados antes se avalanzaban a participar en un banquete de los sentidos que alejó la austera moral medioeval. En estos trances, por obra de su ahondamiento en las miserias del poder, en el medio de la calle y en las tabernas, jugando a los dados, precursores de nuestros vulgares «cachos» o cubiletes, el empleado de la Señoría perfiló sus magistrales lineamientos interpretativos. El amor golpeó muchas veces en su puerta y la inconstancia conyugal no le impide ser un buen marido, que allega los escasos ducados de precarios estipendios al sustento de su cónyuge. Véase esta carta suya al caro amigo Vettori:

Estando en la villa me he encontrado con una criatura tan delicada y noble por naturaleza y que no podría alabarla ni amarla bastante que no lo mereciera todavía más. Como vos a mí, voy a deciros los comienzos de este amor, con qué redes me tiene preso, dónde las tendió y de qué calidad fueron, y veréis que fueron redes de oro tendidas entre flores y tejidas por Venus, tan hermosas y suaves que si bien un corazón villano hubiera podido romperlas yo, al menos, no quise hacerlo, por lo cual con el tiempo me han ido estrechando tanto que los hilos se han hecho firmes, fortaleciéndose de un modo indisoluble.

El vitalismo extraño de Maquiavelo empapa sus actos, sus cartas y sus acciones. En su torno extendíase el eco de su ingenio; muchos sufrían el aguijón certero de su gracejo; otros se dolían molestos de sus eficacias; pero nada parecía indicar que en tal cerebro anidaba el genio. Hombres de semejante estirpe, por raros designios, sirven a los poderosos, llevan el prestigio propio al haber de las repúblicas, y sólo un abandono odioso y una incomprensión bárbara es el pago de su obra. ¿Soñaría este ardiente y luminoso intelectual en la resonancia póstuma de sus escritos? ¿Pensaría, quizá, en

medio del dulce ensueño de esos vinos áureos, bebidos junto a tibios cuerpos de cortesanas, en que giraba un nuevo concepto de la política por sus páginas preñadas de un vigoroso estilo toscano en que más tarde aprendería Papini sus vocablos de fuego?

Ardor temperado hay en Maquiavelo. Paradoja es ésta que vale la pena explicar. Se mezcla en el hombre un frío raciocinio político, una fidelidad poderosa a su patria con un instinto implacable de la nacionalidad italiana. En cambio, en sus actuaciones siempre queda un hueco para la incursión por lo vedado, para la libación en mesones y tabernas, que le entregan el nervio poderoso del léxico popular. En este rodar por su tierra y por naciones vecinas, de las que dejó atinadas descripciones y curiosas imágenes, se va modelando su alma dúctil y ondulante.

Hombre de la plaza pública en todo lo noble que encierra tal concepto es Maquiavelo. El seductor refugio de los gabinetes de lectura, el amable encierro del estudioso, las vigiliass de la meditación, mucho de grande ponen en su intelecto; pero el secreto de su fecundidad nunca se sorprenderá sin imaginarlo, trotinante y múltiple, camino de Venecia o de las cortes francesa y pontificia, mezclándose con arrieros y bufones, con juglares y curas campestres, con cortesanas y posaderas. Un soplo primitivo de pueblo y de instinto se derrama por todas sus páginas, que hoy todavía se leen con el fervor que inyectan las obras maestras, donde el espíritu se mezcla con el amor a la vida total (1).

(1) Prezzolini imagina un delicioso pasaporte de Maquiavelo, que dice: *Passaporto di Nicolò Machiavelli, figlio del fu Bernardo e di Bartolomea di Stefano Nelli; nato a Firenze il 3 maggio 1469; professione: segretario della Commissione dei Dieci di Guerra e di altre Commissioni della Repubblica Fiorentina (dal 19 giugno 1498 al 7 novembre 1512); statura: media; corporatura: esile; occhi: neri e vivaci; capelli: neri come corvo; testa: piccola; fronte: spaziosa; bocca: piccola, labbra sottili, sorriso naturalmente «machiavellico»; guance: prominenti come quelle del gatto, della faina, della scimmia e di altri animali astuti; segni caratteristici: peloso; stato civile: ammogliato con Marietta di Bartolomeo Corsini. Sigilli e timbri d'ufficio di confine e d'arrivo. Piombino, Forlì, Siena, Roma, Pisa, Arezzo, Mantova, Ferrara, Perugia, Assisi, Senigaglia,*

Sin ánimo de intentar biografía conviene percibir un matiz de la vida de Maquiavelo que lo obliga a dejar sus mejores páginas a la posteridad. El Renacimiento estimula una literatura venal y servil, que floreció en las cortes y dió punto a levantar muy arriba a mediocres tiranuelos y a señores con más bolsa que inteligencia. El drama de Maquiavelo es la pobreza. Queda cesante; las denuncias o los chismes que circulan en su torno; el contraste entre su brillo y la opacidad de otros burócratas, quizá promueven el *venticello* calumnioso que lo priva del pan. En el retiro labra páginas impecederas, donde su «prosa sobria y vigorosa», «toda relieve y precisión», al decir de Janni, envuelve una ideología que se nutre de experiencia, de viajes y de calidad humana.

Mientras ruega que se agiten influencias para reponerlo en su oficio de la Cancillería, en tanto que dirige vanamente súplicas desoladas a los amigos, su estilo, cálido y espeso como un óleo, se difunde en el *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, en *El príncipe* y en su *Discurso sobre el arte de la guerra*. El destino de los hombres superiores tiene extraños momentos en que lo aparentemente adverso se torna en un beneficio luminoso para la humanidad. Mientras los poderosos que usaron de su ingenio y que bebieron lo mejor de su ciencia política en notas, informes y oportunos consejos, vuelven la cara al secretario, éste en ratos robados a la incertidumbre, mientras escasea el pan y el horizonte se nubla de vacilaciones, dedícase a escribir. No escribe por dinero ni es el modelo del fecundo escritor renacentista, que mueve la pluma bajo el aliciente de la paga. El más agudo crítico de Maquiavelo, Ettore Janni, protesta de que se le llame *intelectual*, en una acepción corriente. Su grande pasión es la política

Regno di Francia, Confederazione degli Svizzeri, Impero germanico, Verona, Piacenza, Civitavecchia, etc.—Prezzolini. *Vita di Nicolò Machiavelli Fiorentino*, pág. 25 y 26. 1927. Milano.

y en todos sus escritos circula ese aliento vivificador. Con desinterés poderoso, con abnegación heroica se entrega a la meditación sabrosa, a la dolorosa tarea de concebir métodos de gobierno. Ahí se alimenta su drama, porque en el íntimo santuario de Maquiavelo siempre vigila encendida una lámpara de esperanza. Este hombre que, en diversos instantes de la existencia, revela un don de acción poderoso, no se resignaría sin padecer a tal ostracismo. Un no sé qué de trunco hay en su vida; la preciosa inteligencia, hecha de acción y de estudio, quedaba relegada a un modesto rincón de la vida. En un tiempo de tanto esplendor artístico no se encuentran huellas de su relación con los hombres que rinden culto a las Musas. En su correspondencia no hay vestigios de interés por las artes. Vive su existencia retirado del mundo y entregado a silenciosas orgías meditativas. En los intervalos vuelve su mirada de fauno a ese teatro de episodios variados que es Florencia y añora las frescas doncellas y las garrafas colmadas de buen vino. Era magro, pálido, moreno, con vivos ojos y labios estrechos, penetrantes y sutiles. Sus labios semejan un arco tenso que tiene lista una sutil flecha de ingenio. La palabra late en ellos para herir a fondo, para romper prejuicios o derrumbar la estupidez de los burgueses que no lo comprenden. Los rotarios de su época siempre lo hostilizan y los señores a que sirve le vuelven la espalda cuando su inteligencia ya fué aprovechada.

Maquiavelo no se dobló a la religión de la hipocresía, que dominaba en los círculos cortesanos. Lo más noble de su carácter, que ensombrecen actuaciones secundarias, quizá empujadas por el hambre vecina, es tal pugnacidad y tal respeto de humanista por las ideas generales. Muchos años dominó la idea de que Maquiavelo fué un vil adúlador y un rastrero intelectual. Desde entonces hasta nuestros días, en épocas más progresistas, vemos, por desgracia, que el progreso no

ha corregido tal aspecto de la vida literaria. Nuestro tiempo, tan favorable al prolífico desarrollo de la cultura, de la ciencia y de la mecánica, no ha servido para levantar el nivel de los hombres. Intelectual es sinónimo de hombre a sueldo, que escribe por paga. Maquiavelo trabajó por salario en sus escritos e informes en que sirve a su patria florentina; pero sus obras básicas son el resultado de un culto ferviente a la verdad, a esa *verità effetuale*, que es una renovación profunda de los conceptos políticos. Ojalá que muchos de los actuales detentadores de la palabra *maquiavelismo* tuvieran un culto tan puro a ciertos principios como lo hubo en el alma del escritor florentino. Hoy tenemos, en diversas naciones, libertad de volar, de morir, de procrear, de limitar la población; pero carecemos de la libertad más grata al espíritu: de la libertad integral, de ser hombres. Maquiavelo es un animal político que no cohibió su pensamiento ante los poderosos por más que dedicara *El príncipe* a esos Médicis tornadizos, en cuyos caracteres oscilan las fluctuaciones del alma renacentista como una veleta propicia a los vientos más contrarios (1).

En una carta a Guicciardini se desgarró algo del propósito de Maquiavelo en su pasión intelectual. Dice:

Lograr de manera que, diciendo la verdad, nadie pueda dolerse.

En sus pinceladas enérgicas sobre la antigüedad, hay tal vigor que sentimos un soplo de contemporaneidad leyendo sus glosas. Se ha dicho que en el comentario a Tito Livio parece hacer caminos, construir acueductos y tomar parte en los trabajos, con el martillo y otras herramientas, dando voces y gritos contra la indolencia de los hombres de entonces y de todo tiempo.

(1) La dedicatoria precisa es a «*la bontà de Giovanni, la sapienzia de Cosimo la umanità de Piero e la magnificenza e prudenza di Lorenzo*».

Tal es Maquiavelo: un político que no se resigna a vivir oscuramente, a dormir en la quietud dorada de las burocracias. Desea, en todo instante, asumir su papel verdadero, al que tiene derecho por su talento poderoso y por su dúctil ingenio. Desgarró su mirada el secreto de la antigüedad y con ese rico licor se embriaga, soñando en tiempos mejores para la ruin Italia. Culpa a los Papas de las divisiones y banderías que destrozan la Península, y en tal actitud vemos hoy el germen de la futura unidad italiana. Otro acierto político es su concepción de la necesidad de que las naciones tuviesen ejércitos a firme y que no oscilasen sus cimientos a merced de la traición y de la inconstancia de las legiones mercenarias.

Puede soportar una falsa religión, pero lo intoxica la idea de que la defensa nacional esté entregada a tornadizas muchedumbres de oscuros soldados. En el caos italiano se yergue solitaria y potente su fina estampa. Es el navegante que busca un rumbo, es el instinto del nauta que desea hacer llegar a feliz puerto el navío que conduce a su nación. Es tanta su fertilidad de recursos que en unas instrucciones redactadas por su pluma aconseja a un orador de Florencia cerca de Carlos V, llamado Rafael Girolami, que tenga juego en su casa para arrancar así noticias útiles al Estado. En sus diversos escritos abunda esta oficiosidad burocrática, este deseo ardiente de recurrir a métodos originales en su busca de la verdad. Fué escéptico sobre la calidad de los hombres y hay en él una carencia formidable de sentido moral. Lo ofende, más que la violencia, la estupidez. Si el tirano ha de ser una fatalidad o un determinismo, prefiere que sea inteligente. Cuando Maquiavelo coquetea con el poder absoluto exige que esté en buenas manos. La fatalidad histórica hace girar las dictaduras en brazos débiles, en inconstancia de rumbos. Si ha de haber autoridad, menester es que la rodee el prestigio de la inteligencia.

Janni califica de *lealtad burocrática* su posición con respecto a la república de Florencia. En virtud de tal concepto se pueden explicar actuaciones distintas de este literato. No confundamos en el análisis de su vida aquella porción propia, sagrada, en que bulle su potente ingenio, con esos instantes en que obra movido por un celo de servidor público. Ningún Estado tiene derecho al pensamiento íntimo, a aquella porción selecta en que vela lo sagrado del ser, es decir, a lo mejor del hombre. Maquiavelo supo resguardar su experiencia, su tesoro privado, y nos dejó ese maravilloso tratado de *El príncipe*, donde si alguna vez extrajeron veneno poderoso los amantes de las tiranías y de los regímenes brutales, queda, en cambio, un riquísimo venero de sólida doctrina republicana y democrática, en el sentido puro que entrañan tales conceptos. Maquiavelo, que repudia tantos aspectos de la Edad Media y sonríe agudamente ante los desbordes teocráticos de Savonarola, hereda, sin embargo, lo más fino de esa época: el instinto civil del escritor. En la Edad Media todo intelectual poseía un carácter de funcionario, ya fuese civil o eclesiástico. Las crónicas, donde balbucea la historia y los tratados teológicos, especialmente los de *Justicia et Jure*, hervían de finalidades sociales. El Renacimiento corrompió dicha tradición y formó un tipo de intelectual parásito, adulón y áulico, que en los peores instantes de nuestro tiempo revive bajo el disfraz carnavalesco del periodista. Entonces se hacían gacetillas rimadas o en prosa que provocaban risas y obligaban a aflojar los cordones de la bolsa a los potentados. Lo que algunos admiradores exagerados del Renacimiento suelen estimar actitudes hermosas de mecenazgo intelectual no es, en ocasiones, sino una burda degeneración de la literatura. La Edad Media, en su agonía, levantó un tipo de escritor social que se corona magníficamente en un florentino como Maquiavelo. El Dante y su *Divina Comedia* formulan un

concepto altísimo de la vida intelectual. El propio cielo y el infierno sirven allí fines políticos y en los avernos se castiga a los pícaros, a los falsarios, a los traidores a los ideales republicanos. Maquiavelo es la antípoda del «padre de los literatos» cortesanos: el Aretino. La conciencia social domina su pluma y es su título más gallardo para la inmortalidad.

No obstante su amor a la autoridad bien manejada, que no está reñida con la responsabilidad de un gobierno popular, Maquiavelo se irrita con la vileza, más propicia a la adulación de los poderosos que al abierto examen de los regímenes libres. La política—para él—es un arte que excluye la vileza. Es un maestro de energía moral, de rumbos decisivos. ¡Con qué calor y entereza cívicas domina el panorama de la Italia renacentista e indica las agudas lacerias que agobian a Italia y las causas de su malestar moral. Italia es peor que España y peor que Francia. No es que el italiano sea peor como hombre, sino que la hipocresía y la debilidad abruman de divisiones estériles y de facciones a esa tierra. ¡Con qué calidez Maquiavelo evoca todo esto y pone su ojo clínico en las causas! Energía orientadora, visión certera de político y una nerviosa y gallarda prosa animan los escritos de Maquiavelo en que indica tales defectos de su nación.

Nos hemos extendido demasiado sobre el hombre y tan sólo estamos en la caricatura de su carácter. El retrato quedará incompleto, deforme por la carencia de precisión, por lo incoloro de estas páginas. Baste decir que en el hombre Maquiavelo siempre hubo un ciudadano, en el noble sentido de tal palabra. Su debilidad humana lo tuerce por senderos rientes de cortesanas, lo aleja de su esposa Marietta y de sus hijos, pero lo devuelve al hogar, pulido de experiencia, rico de humanidad y homogéneo en sus convicciones morales. Todo el Renacimiento se mete en su complejo; pero dista bastante de la vileza que algunos le atribu-

yen. Víctima de la pobreza, amador del vino y de las mujeres, su existencia queda trunca y no llega a ocupar el sitio que le corresponde en el escenario de su época. El tiempo, la posteridad vindicadora, en premio de esta constancia a los ideales cívicos, lo elevan a los altares radiosos de la fama. Desde allí nos contempla su sonrisa perenne, su imagen cálida de sugestión, su simpatía sabrosa. Lo adivinamos cuando queda en *panne*, sin dinero, sirviendo misiones del Estado; o en otros casos, revelándose, apicarado y sabroso por cartas, donde con larguedad renacentista habla de *Garzoni e Femmine* y exalta lo epicúreo del vivir. Hombre de su tiempo; hombre de siempre; tan sólo hombre. Queda ahora, para la segunda parte, la tarea de levantar otro poco de su secreto. Destruída la máscara y visto el rostro auténtico suyo, digamos algunas palabras acerca de su obra.

(*Concluirá.*)